PQ6226
.Z9
S2

LA

MARQUESA DE PINÁRES

CAPÍTULO PRIMERO.

EL AGENTE DE LA SOMBRA.

—

La marquesa encontró á Honorata agitada de las mas horribles convulsiones; con el semblante desencajado, la vista extraviada y brotando de sus labios una espuma sanguinolenta.

Hallábase rodeada de sus camareras y tendida junto al lecho sobre la alfombra de su dormitorio.

En sus crispadas manos oprimia un papel; la marquesa lo advirtió inmediatamente, y haciendo un gran esfuerzo pudo arrancárselo, comprendiendo desde luego seria una carta cuyo contenido, con los dolores que ya martirizaban el alma de la pobre jóven, habria sido causa de su accidente.

—¡El médico! el médicó! gritó la marquesa, y ayudadme á ponerla sobre el lecho, se va á lastimar.

Rafael, que presenciaba la dolorosa escena desde

el gabinete, viendo inútiles los esfuerzos de las doncellas para sujetar á Honorata y colocarla en la cama, acudió á prestar su ayuda, con la cual consiguieron su deseo.

Á poco entró el médico precedido de la afligida Aurora, que habia corrido en busca suya con la mas desespererada celeridad.

—¡Se muere! doctor, se muere! murmuró la marquesa sin apartar los ojos de la enferma.

—¡ Oh Dios mio! Dios mio! decia Rafael, ¡tomad mi vida en cambio de la suya!...

Pálido como un cadáver, fué á arrodillarse á un extremo de la alcoba desde donde sin ser visto podia observar todos los movimientos de su amada.

— No hay que desesperar, dijo el doctor haciendo uso inmediatamente de los medicamentos que al efecto llevaba preparados segun los síntomas del mal que le habia referido la doncella.

No tardaron mucho tiempo en calmarse las convulsiones, pero quedó sin sentido largo rato.

La marquesa, ansiosa por averiguar el veneno que encerraba la carta que habia arrancado á la jóven, se retiró un poco, aprovechando el instante en que el doctor observaba el efecto de un medicamento que acababa de propinarla.

Á la trémula luz de un globo de cristal, cuyos pálidos reflejos iluminaban la alcoba, pudo leer las siguientes frases :

« Señorita : despues de la escena de esta mañana y de vuestro brusco rompimiento con Rafael, léjos de

mostrarse arrepentido y mucho ménos de sentir el inmenso dolor de vuestro corazon, se ha marchado alegre y satisfecho á casa Flor del Espino, y ha pasado en su compañía toda la tarde y hasta las diez de la noche, sin acordarse de sus deberes y jurándola un amor eterno, con la firme promesa de ser su esposo.

» Vuestra amiga.

LA SOMBRA. »

La marquesa alzó los ojos al cielo con amargura, como pidiendo á Dios el castigo de aquella mano aleve que se complacia en sembrar el luto y la desesperacion en el alma inocente de la cándida y hermosa jóven.

Rafael, que no habia perdido ni un movimento de su madre, se acercó á ella y alargando la mano como pidiéndola el papel, exclamó con un tono de voz tristísimo :

— ¿Me permitís, madre mia?

— Sí, toma, y encárgate de averiguar quién es esa sombra, que se ha propuesto alterar nuestra tranquilidad.

Le dió la carta, y volviendo al lado de la enferma, la encontró con los ojos abiertos y la mirada brillante y febril.

— ¡Hija mia! exclamó la noble señora apoderándose de una mano que colgaba á un lado del lecho.

Honorata la retiró bruscamente, y haciendo un esfuerzo por levantarse, gritó como una loca :

— ¡Déjame! vision horrenda! sombra maldita!... déjame! ¡déjame, huye de mi vista; te has llevado mi felicidad y solo me queda la tumba!...

— ¡Dios mio! murmuró aterrada la marquesa.

Rogelio, que acababa de llegar de la calle, supo lo que ocurria y se presentó en el gabinete de Honorata; al propio tiempo una de las doncellas pedia permiso á la marquesa para retirarse, pretextando una indisposicion ocasionada sin duda por la fuerte emocion que habia sufrido al ver á la condesa en tan lamentable estado.

El permiso le fué concedido, y al salir se encontró con Rogelio á cuya investigadora mirada no se escapó la fisonomía de la jóven camarera.

—¡Esa mujer es culpable de algun crímen! dijo á su esposa. Manda que vigilen sus pasos, porque en la alteracion de sus facciones se advierte la augustiosa zozobra de quien no tiene su conciencia tranquila.

En seguida se aproximó á informarse con la mas tierna solicitud del estado de su pupila.

La marquesa, acercándose al lado de la alcoba donde Rafael se habia retirado, le dijo en voz baja:

— La doncella que acaba de salir de aquí es Atocha, síguela, que acaso descubramos en ella al agente secreto de la infame sombra que nos persigue tan tenaz como cruelmente.

Rafael salió sin que le viera su padre por la puerta de la pieza de tocador que comunicaba con las habitaciones interiores. En el mismo instante las cruzaba Atocha, la que, deslizándose á lo largo del corredor, dejó á un lado los cuartos de la servidumbre y fué á bajar al jardin por la escalera de la galería.

La noche estaba oscura y silenciosa, muy á propósito para citas nocturnas, lo cual no dejó de agradar á Rafael que, merced á la oscuridad, pudo sin ser visto seguir á la doncella por una calle de rosales que le condujo á una puerta secreta. La abrió con trémula mano despues de preguntar:

— ¿Eres tú? Á lo que una voz gruesa contestó desde fuera:

— Abre, Atocha, soy yo.

Un embozado penetró en el jardin, y deslizándose á lo largo de la tapia seguido de Atocha, fueron á sentarse en un banco de piedra.

— ¿Me esperabas? preguntó.

— Sí: hace rato oí la señal estando en el cuarto de la condesita, y tuve que pedir permiso para retirarme, pretextando una indisposicion.

— ¿Y qué efecto ha surtido la carta de esta tarde?

— Espantoso. Ya desde esta mañana cuando volvió del Retiro estaba desazonada y sumamente pálida; pero esta noche al ir á acostarse, vió la carta, la leyó y se conoce no pudo dominarse, porque dió un grito agudísimo y cayó en tierra agitada de unas convulsiones que han puesto en peligro su vida.

— Lo que conviene es que termine pronto; el dia de su muerte es el de nuestra fortuna.

— ¡Qué lástima de señorita! Te confieso, Ataulfo, que desempeño con muchísima repugnancia el papel que me has encargado.

— Si no quieres, lo dejas; pero en ese caso debes renunciar á mi amor.

— ¡Eso nunca! por ti soy capaz de los mayores sacrificios.

Nuestros lectores habrán reconocido en el embozado al agente de Flora, el infame bandido cuya sed de oro era insaciable y se habia propuesto enriquecerse aunque para ello tuviera que cometer cien crímenes.

Rafael los escuchaba detras de unos árboles, y por casualidad se colocó en una posicion que le era imposible abandonar sin ser descubierto por ellos. Ahogado por el coraje, sentia subirle al rostro el calor de la indignacion; su rabia no tenia límites al considerar que en aquel momento no le era dado aprisionar al bandido y á su cómplice.

Estaba indefenso, sin armas, y tan léjos de sus habitaciones que no hubieran sentido el mas pequeño grito. No tuvo mas remedio que callar y seguir escuchando.

— Ya sabes, mi adorada Atocha, prosiguió el bandido, que mi único objeto al prestar este servicio tan poco agradable, pero que produce mucho, es formar un capitalito, casarnos y vivir en paz. Mi oficio está tan malo, que apénas gano para sostenerme, y la necesidad, al mismo tiempo que el deseo de hacer á mi amada rica y feliz, me ha hecho adoptar este papel.

— Pero nunca me dices á quién sirves; ¿no tienes confianza en mí?

— Muchísima; mas no te lo puedo decir porque yo mismo lo ignoro; y ademas, he prestado juramento de no hacer indagaciones para descubrirlo.

— Es muy raro. Parece imposible que una señorita tan jóven, tan buena y tan angelical, haya podido

inspirar á su perseguidor un odio tan profundo como encarnizado.

— ¡Quién sabe, será cuestion de amores! Alguno que no pudiendo conseguir su mano, porque esta señora solo ama á su prometido, ha jurado vengarse en ella, en él y en toda su familia.

— ¡Pobrecillos, y son tan buenos!...

— Y qué hemos de hacer? cada uno seguirá en el mundo la suerte que le marque su destino; sigamos nosotros la nuestra.

Ataulfo se levantó al decir esto.

— ¿Te vas?

— Sí, tengo prisa; solo queria verte por saber si la condesa habia leido la carta y por entregarte esta otra para que la pongas en el cuarto del marqués.

— Ya puse esta tarde en el escritorio de la marquesa las que me diste; por casualidad estaba abierto; y las puse con otros papeles en un cajoncito.

— Bien, déjalas allí, ellas cantarán.

— ¿Y cuándo nos veremos?

— Mañana á estas horas volveré.

— Adios, pues, no me olvides; ¡considera á cuantos peligros me expongo por tu amor!...

— ¡Si tú vales un imperio!...

La voz de los dos amantes se fué perdiendo entre las ramas del jardin; Rafael echó á correr en direccion al palacio, por esconderse en las galerias ántes que Atocha llegase.

Efectivamente, apareció la jóven poco despues, mirando con recelo á los lados, por si la habian des-

cubierto. Luego fué hacia el dormitorio del marqués. Como todos estaban en las habitaciones de Honorata pudo, sin ser vista, dejar la carta, volviendo á salir como una sombra y huyendo con la rapidez del relámpago á esconderse en su cuarto.

Rafael la dejó marchar, aplazando su venganza para la noche siguiente cuando volviese Ataulfo á la cita.

Se adelantó resueltamente, y cogiendo la carta que Atocha acababa de dejar, se acercó á una lámpara y leyó que lo sigue :

« Señor marqués : un sentimiento de compasion me mueve á daros un aviso provechoso. Estáis haciendo en la sociedad un papel muy ridículo ; pues acaso únicamente vos ignoráis la liviandad de vuestra esposa. ¡ Tiene un amante, y encontraréis pruebas de ello en su escritorio, porque las epístolas amorosas abundan mucho en sus criminales relaciones!...»

— ¡ Infames ! murmuró Rafael guardándose la carta ; pretenden calumniarla en el ánimo de su esposo; ¡ á ella, la mas pura ! ¡ la mas santa de las mujeres !...

¡ Oh ! yo descubriré quién es el enemigo tan vil y tan miserable que nos persigue sin descanso valiéndose de unos medios tan bajos y tan indignos.

Mañana caerán en mi poder tus cómplices ; ¡ y ay de ti si llego á verte cara á cara!...

Temeroso el noble jóven de que su padre le sorprendiera en su aposento, se retiró al suyo, acostándose en seguida, no para dormir, sino para dar algun descanso á su agitacion contínua.

Cien veces hizo ir á su ayuda de cámara á informarse del estado de la condesa y siempre volvia repitiendo :

— ¡ Sigue mal, muy mal !

CAPÍTULO II.

HISTORIA DE LÁGRIMAS.

—

Vamos á penetrar, lectores mios, en el sombrío y oscuro calabozo donde se hallaban encerrados el conde de Cinkar, su criado y la infeliz y acongojada doña Tecla.

Aunque el conde tenia puesto su magnífico reloj guarnecido de brillantes, les era completamente inútil, pues la profunda oscuridad que los rodeaba, no les permitió ver la hora ni medir el tiempo que llevaban sepultados en aquella espantosa caverna.

Pero nosotros que no lo ignoramos, haremos presente á nuestros caros lectores y sobre todo á las simpáticas lectoras, que serán las mas interesadas en esta aventura, que permanecieron aquellos infelices cuatro dias sin esperanza de salvacion.

El primero los consoló la idea de que acaso la princesa, si no por lástima, por el temor de los remordi-

mientos que agitarian su conciencia, les arrojaria algun pedazo de pan y un poco de agua con que soportar ménos mal su penoso cautiverio.

— Yo tal creo, dijo el conde apoyando el anterior pensamiento que se le habia ocurrido á Ruderico.

— No lo creáis, exclamó llorando la jorobada. Esa mujer tiene entrañas de tigre y no se compadece de nadie.

Al arrojarnos aquí tendrá un motivo poderoso para odiarnos y nos dejará perecer.

— ¡No puede llegar á ese extremo la crueldad humana!

— Si la hubierais oido como yo hablar con un bandido y darle con la mayor sangre fria la órden de muerte contra dos personas inocentes, temblariais por vuestra suerte como yo temblé por la de los infelices.

— ¿Y quiénes eran? preguntó con ansiedad el conde.

— El marqués de Pináres y su hijo. ¿Los conocéis?

— No; pero tengo entendido que es una familia tan noble como ilustre y generosa.

— Pues con toda su bondad, no se libran de las persecuciones de esa hiena que ha jurado exterminarlos.

— ¡Ah! contadnos, contadnos todo lo que sepáis de ella, y cómo habéis llegado á ser el instrumento de sus maldades.

— Escuchad por qué serie de desventuras he venido á desempeñar un papel que me hace parecer á

vuestros ojos una criatura indigna y miserable, pero que solo es digna de lástima.

—Á ninguna criatura humana, siempre que el arrepentimiento de sus maldades sea sincero, puedo mirar con desprecio, dijo el conde; todos, hasta el criminal mas endurecido, son dignos de compasion, por sus lamentables extravios ó por las desgracias que les hayan conducido á ellos.

— ¡Ah! señor, sois muy bueno; y confiada en vuestra generosa indulgencia, expondré uno por uno sin disfrazarlos siquiera todos los hechos de mi vida, hasta los que tienen relacion con vuestro hijo.

— ¡Ah! sí, pero sed breve y no me hagáis desesperar con dilaciones inútiles.

— Haré lo posible por complaceros. Nací en Cádiz, perdí á mi madre en la niñez, y mi padre, que era un empleado subalterno, se esforzó en darme una educacion adecuada á sus cortos intereses. La fatalidad empezó á estrellarse sobre mi cabeza casi desde mi nacimiento; pues tuve la mala suerte de recibir como un funesto don una figura deforme, un rostro feísimo y una constitucion raquítica y enfermiza, por lo cual nunca pude dedicarme á ninguna clase de trabajo. Llegó una época en que mi padre quedó cesante, faltándonos, con su escaso sueldo, hasta el necesario sustento. En esta cruel situacion, pensó venirse á Madrid, donde poniendo en juego la influencia de algunos amigos de su juventud, conseguiria acaso le rehabilitasen en su destino.

Hízolo así efectivamente; empeñando algunas

prendas, pudimos reunir los fondos necesarios para el viaje, y se vino lleno de esperanzas que bien pronto se convirtieron en amargos desengaños.

Ninguno de los amigos en quien confiaba le hizo caso, negándose á recibirle, siempre que se presentó á ellos, sin embargo de que algunos le debian inmensos favores. Sus esfuerzos, durante tres años que permaneció aquí, fueron inútiles. No consiguió le devolviesen su empleo ú otro equivalente, y lo que es peor, agotados sus recursos no pudo volverse á mi lado. Apénas pudo con el trabajo de sus manos proporcionarse un pedazo de pan.

En tanto yo apuré en Cádiz hasta las heces el cáliz de la amargura. Pobre, fea, jorobada y enferma, en términos de no poder dedicarme á ninguna ocupacion, me vi á veces en la necesidad de acudir á las casas de los que habian sido nuestros amigos, en demanda de un socorro, lo que no siempre conseguia. En cambio, el ridículo, el desprecio y el sarcasmo de mis paisanos, estaba pronto á lanzarse sobre mí, mortificándome de una manera horrible, las burlas y picantes chanzonetas de que era objeto siempre que salia á la calle. En este triste estado, determiné dejarme morir de hambre ántes que aparecer otra vez donde me hicieran sufrir tan crueles insultos. ¡El cielo no lo quiso!

No se por dónde supo nuestra habitacion un antiguo conocido de mi padre, y vino á casa buscándole. Cuando le conté la historia de nuestras desventuras se compadeció y me dijo :

— Yo puedo aliviar vuestra suerte. Tengo encargo de buscar una persona de confianza que se quede al cuidado de un niño de dos años, hasta que su madre venga á buscarle, y nadie mejor que vos puede desempeñar esta comision.

— ¿Cómo se llamaba? preguntó Ruderico interrumpiendo á la jorobada.

— Zacarías Mariani ; era Italiano. Mi padre le conoció en un viaje que tuvo que hacer á Nápoles.

— ¡Tu padre! exclamó el conde.

— ¡Sí, mi querido padre! dijo el jóven, ay! ¡si supiera nuestra suerte, cómo volaria al socorro de su amo y de su amado hijo aunque tuviera que hacer mil sacrificios!

— Ignoraba los lazos que os unian al bondadoso Mariani, continuó diciendo la jorobada ; y esto es un motivo mas para que yo os aprecie, porque á él debo lo poco que he disfrutado de bienestar y dichosa tranquilidad en este mundo.

Á los dos dias me llevó el niño, y fué acompañado de vos, á quien yo entónces conocí con el nombre de Giacomo Albertini.

— Ese es mi verdadero nombre : el título de conde con que hoy me conocen, lo heredé poco despues ; pero continuad, dijo el conde deseando oir el final de aquella historia de lágrimas.

Doña Tecla, dando un profundo suspiro, prosiguió de este modo su relato :

— Os embarcasteis ambos para la Habana ; y yo recibí órden de presentar todos los dias últimos de

cada mes el niño en casa de un rico comerciante, el cual pondria en sus manos la suma destinada para sus alimentos, y que bastaba, no solo para los dos con mucha holgura, sino para mandar alguna cosa á mi padre, que hubiera muerto sin duda mucho ántes á no ser por este socorro.

Dos años tuve á mi lado el hermoso niño, que cual un ángel de paz me reconcilió con la vida, y fué durante este tiempo mi salvacion y mi alegría.

— ¡Hijo de mi alma! murmuró el conde sin poder contener su emocion.

Doña Tecla habiendo un esfuerzo continuó :

— Recibí una carta de Madrid en la que me participaban que mi padre estaba enfermo de peligro, y que todo su afan y sus incesantes clamores eran por abrazar á su única hija. ¿Cómo resistir al deseo de un padre moribundo? ¿cómo no acudir á su voz? ¡ay! no tuve valor para negarle aquel consuelo. En medio de mi dolor, no se me ocurrió dar parte de mi marcha á los señores encargados de darme la pension ó haberles entregado el niño. Creí volver ántes de terminarse el mes, y en esta confianza le dejé en casa de una señora anciana, vecina mia, que vivia enteramente sola.

Vine á Madrid, encontré á mi padre muy malo, pero aun resistió algun tiempo, y mi deber, mi cariño de hija, me retuvieron á su lado hasta que en mis brazos exhaló el último suspiro.

Muerto mi querido padre, nada me detenia en la corte y volé á Cádiz á seguir cuidando á mi hermoso

Arturo. ¡Mas ah! la suerte se habia cansado de serme propicia.

Ahogada doña Tecla por los sollozos, volvió á detenerse, bien fuera por los recuerdos que en su alma despertaba aquella época de su vida ó por temor de la afliccion que causaria al conde. Este, deseando continuase, la mandó seguir.

— Llegué á mi casa; pregunté por la señora que se quedó con el niño, y me contestaron los vecinos que á los pocos dias de salir yo de Cádiz, fué acometida de un accidente del cual falleció. Nadie sabia de Arturo; por último, á fuerza de investigaciones, pude averiguar que unos dias ántes de morir aquella señora se habia presentado en su casa un sobrino suyo, el que despues de recoger su último suspiro se vino á Madrid trayendo en su compañía al niño con ánimo de entregármele si me encontraba.

— ¿Y no supisteis el nombre de aquel caballero? preguntó el conde con vivísima ansiedad.

— No, señor, pues aunque las vecinas pretendian saberle, cada una decia una cosa y fué imposible averiguar la verdad; solo pude saber que era pintor, por algunos retratos que dejó hechos en el poco tiempo que permaneció en Cádiz.

Me vine otra vez á la corte en busca de aquella hermosa criatura que era mi única salvacion, porque la miseria mas espantosa me amenazaba; y como en la casa de comercio solo en su mano ponian la pension, no presentando el niño, era inútil ir á recogerla.

Desde entónces solo la miseria y el dolor han sido

mi alimento. Mis desesperados esfuerzos por encontrar al niño se estrellaron contra la fatalidad. En mi locura creía que cualquiera me daria razon y á todos preguntaba : ¿Habéis visto á Arturo? ¿dónde está Sebastian? ¿dónde ese niño, dónde?...

— ¿Vos le nombrabais Sebastian? preguntó el conde.

— Sí, señor ; como encargasteis que nadie supiera su verdadero nombre, le puse el de mi padre y casi todos le conocian por Sebastian ; hasta él mismo ignoraba que tuviese otro. Doña Tecla prosiguió.

La miseria que empezó á perseguirme de cerca, la desesperacion y los sufrimientos, aniquilaron mis fuerzas en términos que caí postrada por una enfermedad agudísima. Me llevaron al hospital donde pasé dos años; al cabo de este tiempo salí de él.

Empero, como declarase mi falta de recursos y que ni aun hogar tenia donde recogerme, me llevaron á San Bernardino. Este piadoso asilo será muy bueno, muy santo y caritativo ; mas yo solo encontré en él nuevos y amarguísimos tormentos. Como me veían bastante jóven y animosa, pretendieron hacerme trabajar, lo cual no pudieron conseguir porque no supe hacer ninguno de los trabajos á que me dedicaron. Con este motivo y con el de mi deforme figura, empecé á sufrir las burlas y las picantes sátiras de todos los que se albergaban en el establecimiento. Algunos años aguanté con paciencia sus insultos, sus risas ; hasta que llena la medida del sufrimiento, preferí pedir una limosna, ántes que vivir

entre ellos ni un minuto mas. Resuelta á escaparme, lo hice efectivamente el primer dia que se me presentó ocasion favorable.

Era tan amargo el pedazo de pan que allí recibia, que preferí implorar la compasion pública, con lo que tuve ocasiones de arrepentirme mas de cuatro veces.

En fin, para no cansaros, dejaré todos esos pormenores que en nada os interesan : básteos saber que hará año y medio conocí á la princesa por una casualidad. Con ánimo de conmoverla y que me socorriese, la conté todas mis desventuras. Inmediatamente me dió las llaves de la casita de la calle del Sordo, diciéndome que la habitase, que me la cedia por compasion, señalándome ademas una suma enorme para mi sustento.

Asombrada al ver tanta esplendidez, no sabia qué pensar, y poseida de la mas viva gratitud me dediqué en cuerpo y alma á su servicio.

Es verdad que nunca ha exigido de mi otra cosa, que el cuidado de abrir y cerrar la puerta á las personas que venian en secreto á verla; pero al fin he llegado á comprender por unas cosas y otras la maldad de su corazon, sus intrigas, y los infames medios de que se vale, auxiliada por bandidos y malhechores, para perder á las personas que han merecido su odio, acaso tan inocentemente como nosotros.

Aquí llegaba de su conversacion doña Tecla, cuando oyeron á un extremo del sótano un pequeño ruido.

— ¡Ya vienen á socorrernos! dijo el conde animado por una esperanza.

— Va á matarnos ántes que podamos gritar, exclamó Ruderico escuchando con la mas profunda atencion.

CAPÍTULO III.

SALVACION.

—

Como desde que fueron encerrados en el subterráneo no habian sentido el mas pequeño ruido, les llamó mucho mas la atencion el que se dejó sentir despues de tantas horas de silencio.

Luego, la angustiosa ansiedad en que se hallaban esperando, como un auxilio del cielo, un rayo de luz que iluminase su moribunda esperanza, les hizo crecer el deseo de que el pequeño movimiento que habian creido oir continuase. Empero, fué una cosa momentánea; una especie de trampa de madera se habia corrido en el techo, y sintieron caer en la arena del sótano dos objetos, uno tras otro, dejándose oir á poco una voz que gritó:

— Ahí tenéis pan y agua.

Seria difícil pintar el júbilo que sintieron los infelices, al escuchar aquella voz que les pareció bajada del cielo.

Solo podria comprenderlo el que haya pasado treinta horas sin probar alimento, y abrigado por espacio de otras tantas la idea de que los dejarian morir de hambre.

Los tres se lanzaron á un tiempo á buscar los objetos en el ángulo del aposento donde, á su parecer, debian haber caido.

El conde y Ruderico de rodillas, y la jorobada arrastrándose por el suelo, extendian las manos en todas direcciones, separándose tan pronto, como volviéndose á encontrar.

— ¡Aquí está el agua! gritó Ruderico con alegría, asiendo en la oscuridad un cántaro de metal.

— ¡Y aquí el pan! exclamó el conde levantando en alto el talego que lo contenia, como si sus compañeros lo hubieran podido ver.

— ¡Á verlo! ¡á verlo! repuso con ansiedad la jorobada.

¡Ay! ¡en medio de su júbilo olvidaban que no tenian ni un rayo de luz!...

Sin embargo, reuniéronse los tres en un punto, y con la fraternidad que inspira la mutua desgracia pasaron de mano en mano el sabrosísimo alimento, que aunque no hubiera sido el mejor del mundo á ellos les habria parecido.

Despues de satisfechas el hambre y la sed que los devoraba, aun les quedaron víveres en abundancia. Cuando lo notaron exclamó Ruderico:

— Esa pícara piensa sin duda tenernos á pan y agua mucho tiempo, segun las provisiones que nos arroja.